

The Shape of Jazz to Come

• *Luego recuerdo que cuando leía a Cortázar mencionaba que una de las experiencias más intensas del jazz era escuchar las improvisaciones.*



Durante este mes, pero hace doce años, murió Francisco en el hospital San José, en la ciudad de Monterrey, después de haber padecido un cáncer diseminado al cerebro. Aún conservo las recomendaciones musicales que Paquito —como le decían— me dio durante un viaje que hicimos juntos con mi padre a Nueva Orleans. Recorrimos los lugares emblemáticos de la ciudad mientras mi padre asistía a las ponencias de un congreso. Sobre todo, no voy a olvidar la tarde que navegamos el Mississippi en el barco de vapor Natchez.

Escribo esto veintinueve años después de haber caminado por Bourbon Street, deslumbrados por los bares y clubes de *striptease*. Durante alguno de nuestros paseos por el French Quarter visitamos la extinta tienda de discos Tower Records. Paquito me regaló un caset de Ornette Coleman. “Mira, Ismael”, me dijo, “tú no sabes de música porque te gusta el *heavy metal*, pero si quieres aprender de los más chingones deberías escuchar a este cabrón: Coleman es el Black Label de los whiskys. El *free jazz* es una experiencia musical, la más esotérica de todas”. Esas palabras en realidad a mí me daban lo mismo pues yo estaba enganchado con el metal pesado.

La idea de escuchar el caset de un saxofonista me parecía ridículo. Aspiraba a convertirme en baterista, porque era lo único que verdaderamente me motivaba. No sé si lo he dicho en otras entregas, pero a mis familiares poco les agrada la idea. De todas las actividades que deseaba practicar era la que más aborrecían. Traté de convencerlos a como fuera para mantener mi insignificante afición, pero no resistí muchos años. Si me hubiera convertido en músico seguro sería percusionista de jazz, me moriría de hambre, fumaría una cajetilla de cigarros al día y bebería cerveza hasta el hartazgo, porque el whisky me acarrearía más deudas. Sin embargo, durante algún tiempo decidí incursionar, de manera más involuntaria, en el mundillo literario. Si pudiera volver atrás solo leería. Nada de publicar.

Cuando tuve la oportunidad de estudiar un posgrado en Humanidades gracias a la beca de Conacyt, aproveché también para leer bastante sobre jazz. Algo bueno me dejó aquel viaje con Paquito y mi padre. Como la especia-

lidad era en Historia, debía justificar mis lecturas, así que primero leí *El Jazz en México*, de Alain Derbez. Después leí el registro que haría Luc Delannoy, *¡Caliente! Una historia del jazz latino*. Es una joya que permite vislumbrar el carácter universal del jazz. En fin. El periplo lector que recorrí no fue extenso pero de una intensidad abrumadora porque leía y escuchaba a los músicos que me acompañaban en aquellas páginas. Sin embargo, jamás sentí un aprecio intenso por el jazz. Me resultaba un tanto ajeno. Todo cambió cuando leí a Ted Gioia y su extraordinaria e íntima obra titulada *Cómo escuchar jazz*. Nada más enriquecedor que leer al atento crítico, intérprete y académico también autor de la monumental *Historia del Jazz*.

En estos días, que he recordado a Paquito, escucho los discos esenciales del jazz, sobre todo aquellos que fueron publicados durante el legendario 1959. *Time Out*, de Dave Brubeck; *Kind of Blue*, de Miles Davis; *Ah Um*, de Charles Mingus; y, por supuesto, el máspreciado por mí, *The Shape of Jazz to Come*, de Ornette Coleman.

Luego recuerdo que cuando leía a Cortázar mencionaba que una de las experiencias más intensas del jazz era escuchar las improvisaciones. Todo lo cual a mí me parece una analogía para establecer con la vida. Dejando de lado el lugar común, vale la pena recordar que el jazz también tuvo una gran influencia en la literatura. La admiración de Jack Kerouac y Allen Ginsberg por el jazz era intempestiva como los ensayos de una pieza jazzística, y sus discursos estéticos como prosas espontáneas o prosodias bop son particularmente inspiradores.

No voy a extender mis aburridas anécdotas en esta nota, pero me pregunto si no será que, por más que escuchemos jazz, nuestra sensibilidad siempre nos pedirá todavía más. No recuerdo si después de ese viaje a Nueva Orleans volví a ver a Paquito. Para recordar a alguien, supongo, hay que escuchar algo. Ornette Coleman es un gran pretexto, a lo mejor solo quiero justificar ante alguien que estoy disfrutando mucho volver a escuchar jazz, a lo mejor me apena pensar que desperdicié tiempo al postergar la escucha atenta de aquel caset que con tanta devoción al jazz me regaló Francisco. A tu salud, mi hermano.